

*Simone de Beauvoir: contribuciones de una filósofa**

María Luisa Femenías**

Todo sujeto (sea del sexo que fuere) ... se plantea concretamente a través de sus proyectos como una trascendencia que sólo cumple su libertad por su perpetuo desplazamiento hacia otras libertades; no hay pues otra justificación de la existencia presente que su expansión hacia un porvenir infinitamente abierto ... en términos de libertad.

Simone de Beauvoir

Resumen: El presente trabajo aborda tres cuestiones incluidas en la «Introducción» de la famosa obra de Simone de Beauvoir, **El segundo sexo**: primero, el problema del texto como tal, específicamente su pertenencia al género ensayo; segundo, la procedencia de la pregunta sobre qué es una mujer; y, por último, los aportes metodológicos realizados por Beauvoir en dicha obra, aportes cuya vigencia e importancia han sido subestimados. Por último, se evalúa su aporte al deslegitimar los marcos de referencia de las diversas formas de la condición de subordinación de las mujeres, contribuyendo así al desmontaje de la discriminación y la exclusión hacia ellas.

Palabras clave: Simone de Beauvoir, feminismo, mujeres, filosofía, metodología

Abstract: This paper approaches three questions included in the «Introduction» to Simone de Beauvoir's famous work, **The Second Sex**: first, the problem of the text as such, specifically its

belonging to the genre of the essay; second, the origin of the question of what is a woman; and finally, the methodological contributions Beauvoir made in this work, which have been underestimated in present-day relevance and importance. Finally, her contribution is assessed, in her delegitimizing women's diverse forms of subordination, with which she contributed to defuse the discrimination against them and their exclusion.

Key words: Simone de Beauvoir, feminism, women, philosophy, methodology

En las últimas décadas, tres circunstancias fortuitas reintrodujeron la lectura de Simone de Beauvoir en la Academia luego del *impasse* que se produjo tras su fuerte influencia en el feminismo estadounidense, a finales de los sesenta y principios de los setenta.¹ La primera circunstancia, en 1986, fue la publicación de un artículo en el que Judith

*Artículo de reflexión sobre un trabajo de investigación. Perteneció a la investigación sobre «Teorías feministas y teoría de género». Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en la Jornada sobre Simone de Beauvoir del Foro sobre Género y Política que se realizó en octubre de 2008, en celebración de los 15 Años del Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad de la Universidad del Valle. **Recibido el 26 de agosto de 2008, aprobado el 7 de octubre, 2008.**

**Profesora titular del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Doctorado en Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, con honores, 1995. Ha escrito numerosos libros, entre ellos *El género del multiculturalismo*, (en prensa), *Judith Butler: Introducción a su lectura*, Buenos Aires, 2003 y *Sobre sujeto y género (lecturas feministas desde Beauvoir a Butler)*, Buenos Aires, 2000. Ha recibido por tres años consecutivos el Premio a la Producción Científica y Tecnológica (UBACYT).

¹ Algunos aspectos de este artículo han sido tratados también en Femenías, 2008 c: 32-45.

Butler examina y critica la posición filosófica y feminista de la francesa, convirtiéndola en su referente polémico.²

Corresponde la segunda circunstancia al año 1999, cuando se cumplieron cincuenta años de la publicación de *El segundo sexo* (1949), una de las obras más significativas de la teoría feminista del siglo XX y un *hito clave de una tradición* según Celia Amorós (1999:113). En efecto, en un cuidadoso trabajo desnaturalizador, Beauvoir procedió a desmontar y denunciar la lógica de la opresión sexual para establecer como pocas veces se había hecho antes el carácter cultural del *eterno femenino*. De ese modo, se alineó no sólo con los existencialistas en su discusión sobre las esencias, sino también a una línea genealógica (no muy densa, pero sí muy rica), que podemos iniciar en el siglo XVII con François Poulain de la Barre,³ a quien Beauvoir dedica *El segundo sexo* (1949) a modo de reconocimiento.

Por último, se conmemoró en el año 2008 el centenario del nacimiento de la filósofa, lo que abrió una nueva gama de publicaciones entorno de su figura.⁴ Nunca la abandonó un halo polémico que se tensa entre la admiración y el rechazo. Por ejemplo, a comienzos del año 2008, *Le Nouvel Observateur* publicó un extenso suplemento que comenzaba con estas sugestivas palabras: «Vanguardista y radical, venerada y refutada, admirable y quizá detestable, Simone de Beauvoir ha perturbado generaciones de mujeres alrededor del mundo». También reprodujo, bajo el título de *Simone de Beauvoir Escandalosa*, la famosa fotografía que en 1952 le tomó el fotógrafo norteamericano Art Shay, de espaldas, desnuda peinándose frente al pequeño espejo de un hotel circunstancial.⁵

Estos tres momentos -desde el artículo de Butler y el cincuentenario hasta los homenajes por el centenario de su nacimiento diseminados por todo el mundo-, están entrecruzados por el fuerte debate

que las defensoras de la «igualdad» y de la «diferencia», entablaron primero y que «modernas» y «postmodernas» reprodujeron después. Esto muestra la necesidad de actualizar su lectura, el examen y la polémica vigente sobre sus aportes y los límites de sus propuestas, con el interés de llegar a Beauvoir a través de Beauvoir. En lo que sigue, me referiré sólo a tres cuestiones incluidas en la «Introducción» de su famosa obra: me refiero al problema de qué es un ensayo, de dónde nace la pregunta sobre qué es una mujer y, por último, a sus aportes metodológicos, cuya vigencia e importancia se ha subestimado.

¿Qué es un ensayo?

Los antecedentes de *El segundo Sexo* tienen que buscarse -se sostiene habitualmente- en los temas de la filosofía de la Ilustración (López Pardina, 2002). Sin embargo, a mi juicio, la adopción misma del género del ensayo implica ya una filiación que excede lo meramente estilístico: por un lado, el estilo ensayístico de la obra, la vincula a los grandes moralistas franceses: Voltaire, Montesquieu, D'Alembert, Diderot, Gouges, entre otros/as. Todo/as ellas alejados tanto del estilo dialógico de raigambre clásica como del tratadístico que de René Descartes en más había inaugurado la filosofía de la Modernidad. Por otro, la obra se relaciona también de modo directo con los temas críticos de los debates ilustrados sobre «cuestión femenina» y, por último, no está lejos de la intención de la obra aclarar, explicar, enseñar, moralizar respecto de un problema largamente abandonado por la filosofía francesa tras el relativo éxito del ideal ilustrado. Me referiré esquemáticamente a esos aspectos a fin de mostrar el fuerte vínculo de estilo y contenido crítico propio del ideario ilustrado.

La definición de qué es un ensayo filosófico no es precisa. Etimológicamente, «ensayo» remonta sus primeras identificaciones al siglo XII y remite a

² Cf. mi *dossier* «Butler lee a Beauvoir...» Femenías, 1998: 3-44 (también en CD). Sobre la crítica de Butler a de Beauvoir me extiendo en la introducción de *Sobre sujeto y género* (2000) y en *Judith Butler: una introducción a su lectura* (2003).

³ François Poulain de la Barre (1647 - 1723) filósofo francés, uno de los primeros hombres pro-feministas, escribió varias obras a favor de la igualdad de los sexos y la conveniencia de educar a las mujeres.

⁴ Simone de Beauvoir nace en París el 8 de enero de 1908 y muere el 14 de abril de 1986.

⁵ Agradezco a Annick Mangin que me hiciera llegar el suplemento.

exagium como «acto de pesar (algo)» o «acción de pesar (algo)» (Corominas, 1998:236). En ese sentido, se vincula con «examen» en un contexto netamente comercial. Pero también, se lo relaciona a la palabra inglesa *essay*, evocando un escrito o artículo breve, aunque el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke no fuera breve aunque sí polémico. La definición del Diccionario de la Real Academia lo considera «un escrito generalmente breve, sin el aparato crítico ni la extensión que requiere un tratado sobre la misma materia». Puesto en conexión con el verbo «ensayar», se trataría además de un escrito no definitivo ni acabado, que se presenta como tentativo, discutible y polémico. Es decir, un texto más provocador que conclusivo, más polémico que apodíctico, más revulsivo que edificante. En ese sentido -como afirma Castro Carpio- el ensayo sostendría una idea, un aspecto, una convicción sin desconocer la existencia de otros aspectos afines y/o disidentes (Castro, Carpio, s.f). Para el filósofo peruano, hay que distinguir el «ensayo» del «artículo», que por lo general tiene pretensiones eruditas, y también de la «monografía», ejercicio más escolar, sobre un único tema o asunto particular.

En consecuencia, más por el uso que por las etimologías, el ensayo filosófico vendría a discutir o contrastar -como subraya Castro Carpio- los fundamentos de alguna concepción usualmente aceptada. Más precisamente, el ensayo filosófico tiende a discutir críticamente los fundamentos mismo de una cierta cuestión filosófica, sin perder rigurosidad, pero sin sobrecargarse con una apoyatura erudita que «dialoga» con la historia *canónica* y hermenéutica de la filosofía. En tal sentido, el ensayo es fuertemente crítico y sólidamente argumentativo aunque no precisamente «erudito» en un sentido tradicional; sí, en cambio, como en el caso de Voltaire, irónico y deconstructivo. Se entiende así que los pensadores ilustrados -cuyo espíritu fue tan crítico como libre- adoptaran el ensayo como el «estilo» propio de sus escritos filosófico conjugando libertad de pensamiento, espíritu crítico y en muchos casos una fuerte dosis de ironía. Este es pues el

marco estilístico en el que Simone de Beauvoir decidió moldear su *Segundo Sexo* e imprimirle ciertas marcas propias.

Así, *El Segundo Sexo* manifiesta espíritu crítico y argumentación contundente, pero, a la vez incluye aparato crítico erudito, lo que es poco habitual tanto en los trabajos sobre el tema como en los ensayos canónicos; asimismo, carece de la ironía (a menos que no se la haya sabido detectar hasta ahora), de los ensayistas ilustrados y de la tradicional socrática. Se trata además de un texto extenso (dos volúmenes de más de cuatrocientas páginas en su edición original), lo que contradice el supuesto de la agilidad y brevedad típicos de la ensayística tradicional. En síntesis, Beauvoir se compromete profundamente con el tema que propone, sobre todo a partir de la implementación del método progresivo-regresivo, que veremos más adelante, y que Jean Paul Sartre elaboró exhaustivamente en *Cuestiones de método*, varias décadas más tarde.

¿Qué es una mujer?

Paso ahora al tema-problema que encara *El Segundo Sexo* en su relación directa con los debates críticos sobre «cuestión femenina» de los pensadores ilustrados. Quizá una de las frases más recordadas de la autora es la pregunta «¿Qué es una mujer?», que responde en primera persona singular: «Yo soy una mujer».⁶ Esta afirmación se torna tanto un «dato» cuanto un «constructo social» afín a la recordada frase de que «mujer no se nace, se llega a serlo». Se trata de una operación en la que Beauvoir -como se sabe- procedió a desmontar y denunciar la lógica de la opresión sexual, estableciendo el carácter de constructo cultural del *eterno femenino*. Pero, al mismo tiempo asumió genealógicamente una línea muy rica que puede iniciarse en el siglo XVII con François Poulain de la Barre, el discípulo de René Descartes, y que se continúa hasta los debates de los pensadores ilustrados y de ellos a nuestros días.

Esto me permite llamar la atención sobre un antecedente poco conocido: el debate que en 1772 llevaron a cabo Antoine Léonard Thomas (1732-

⁶ Me he referido a algunas de estas cuestiones en Femenías, 2008 a.

1785), Denis Diderot (1713-1784) y Mme. Louise d'Épinay (1726-1783). Bajo el poco inocente título de «¿Qué es una mujer?», en sendos artículos y cartas, trataron sobre la naturaleza femenina. Sin duda, el transfondo fue el álgido debate acerca del derecho de ciudadanía de las mujeres, encubierto bajo el problema de la «igualdad» (o no) natural de los sexos. Desde un punto de vista ético-político, una vez afirmadas la igualdad y la universalidad de todos los *hombres*, tal como se venía haciendo desde las Teorías del Contrato, era muy difícil sostener la exclusión de, por lo menos, la mitad de la especie humana de tales derechos.

Tal es el enfrentamiento entre diversas posiciones que la Academia Francesa de las Letras propuso como tema de su concurso anual la pregunta «¿Qué es una mujer?». Antoine Léonard Thomas se presentó con un escrito titulado *Ensayo sobre el carácter, las costumbres y el espíritu de las mujeres en diferentes siglos*, que leyó públicamente en la misma Academia en 1770 y, dada su acogida, nuevamente en 1772 (Thomas, 1989; cf. Guyot, 1953). Para la misma época, Melchior Grimm lo publicó en la *Correspondance littéraire* que dirigía, no sin antes pedirle a Denis Diderot que redactara su opinión al respecto.

Thomas presentó su obra como una defensa de las mujeres. Muy sintéticamente el recorrido que realizó es el siguiente: Comenzó repasando países y siglos a fin de mostrar que siempre y en todos lados, las mujeres habían sido a la vez «adoradas y oprimidas»; funcionando como «un pueblo vencido, obligado a trabajar para los vencedores». Una mujer bella –sostuvo– «es esclava de los caprichos de un Señor». Incluso, independientemente del clima y de la geografía, diferentes legislaciones –constató Thomas– las colocaron siempre en relación de dependencia respecto de los varones o las condenaron a la reclusión. La naturaleza también les fue adversa: gestan y paren a costa de su salud o de su vida y luego deben entregar a sus hijos al esposo o al Estado. Aún así, en diferentes siglos y lugares, muchas mujeres supieron mostrar coraje, valor,

inteligencia, sabiduría, etc. incluso superando a veces a los hombres (= varones)⁷. Para probarlo, Thomas apela a Plutarco y Tucídides describiendo las virtudes de griegas y romanas. Subraya los notables rasgos de las estoicas durante el Imperio y cómo el estoicismo se afina en ellas en medida directamente proporcional a la resistencia que ofrecieron a los grandes males y necesidades de su época. Thomas concluía que a veces «imitaron las virtudes de sus maridos o de su país», pero otras, fueron ellas mismas las que instaron a «superar los más duros contratiempos», como Paulina, la mujer de Séneca; Aria, esposa de Cátulo o Julia, la esposa de Septimio Severo.

En el cristianismo –continuó Thomas– las costumbres y la moral de las mujeres se vincularon rápidamente a la religión; amando y consolando solidariamente a los varones, volviéndose austeras y puras por celo propio y por seguir las enseñanzas de la iglesia, llegando hasta la categoría de «santas». Ellas educaron las costumbres de los bárbaros, pasando de vencidas a vencedoras, gracias a un alma más reflexiva y plena de bondad por la religión. No obstante, las mujeres bárbaras también mostraron coraje y habilidad tanto en la guerra como en la paz y, en general, a los ojos de Thomas, todas mostraron valentía.

Ya en el Renacimiento –continúa el autor– las mujeres se destacaron en el uso de las lenguas y de las artes; destacándose por su belleza y su refinamiento fueron además sabias. Thomas menciona un número importante de mujeres a las que les reconoce capacidad para la ciencia. Todo ello les valió el reconocimiento de los varones, quienes «por más de ciento cincuenta años escribieron panegíricos en su honor y alabanza». En fin, me interesa subrayar que Thomas concluye «la superioridad moral de las mujeres», remitiendo como prueba al tratado *De la excelencia de las mujeres sobre los hombres* de Cornelius Agrippa (1509), dedicado a Margarita de Austria.

Esta exaltación de los méritos de las mujeres lleva a Thomas a estudiar lo que vamos a denominar (con

⁷ La misma Beauvoir da cuenta de la falacia *pars pro toto* que encierra la palabra «hombre».

todos los recaudos del caso) «sus causas psicológicas». En primer lugar, descarta la influencia de la «fragilidad de los órganos» de las mujeres en la limitación de sus derechos para retomar dos problemas: a) la educación que reciben y b) a los tipos de «talentos del espíritu» que las distinguen. El primer problema ya había sido argumentado por F. Poulain de la Barre, aunque no lo nombra (Poulain de la Barre (1674), 1993).⁸ Respecto del segundo, se sabe que por esa época circulaba en Francia (y en casi toda Europa) la clasificación de «talentos» o «ingenios» de Juan de Huarte de San Juan (c.1578), quién dotaba a las mujeres de pocos y de casi ninguna capacidad para las artes y las ciencias.⁹ Sea cuál fuera su fuente, Thomas distingue cuatro tipos de «espíritus», a saber: i- espíritu filosófico, ii- espíritu de la memoria, iii- espíritu de la imaginación y, por último, iv- espíritu político o moral que gobierna. Su objetivo es examinar cuál/es pueden «convivir en las mujeres». Tras un breve examen, concluye que prima en las mujeres el «espíritu de la imaginación /.../ debido a la multitud y variación de sensaciones que su belleza y gracia provocan».¹⁰

Por cierto, opone «imaginación» a «concentración» en una «cadena de ideas» y agrega que el tipo de espíritu «filosófico» es «raro entre los hombres» aunque los «grandes hombres también ‘tienen’ espíritu de imaginación». Debido a su imaginación las mujeres pudieron mantener discusiones epistolares con René Descartes y plantearle cuestiones filosóficas; que él «ultrajado por la envidia de sus pares» entendió como procedentes de su «espíritu filosófico» y honrándolas en consecuencia. Sin embargo, la fragilidad de sus sentidos, a los que todo impresiona, las distingue vivamente y las llena de una imaginación pródiga «a la manera de un espejo» que refleja todo como en un cuadro....

A partir de aquí, el resto del opúsculo, se desliza por los conocidos argumentos del amor sacrificial, la pasión sin método, los pocos talentos políticos – salvo excepciones– su incapacidad general para captar lo universal (propio de la filosofía) y sus «altas» virtudes religiosas, familiares y sociales, entre las que destacan su «preocupación y cuidado vinculadas a su delicadeza» y a su «amor desinteresado». Todo ello –según Thomas– «las mueve admirablemente a la beneficencia, la compasión, la actitud pronta al socorro y la tristeza cuando no pueden ayudar a otros». Por eso, su alma se «extingue infeliz» si no pueden ayudar, cuidar o socorrer... En conclusión, su «excelencia y superioridad moral» es indudable, puesto que su «espíritu rebosante de fértil imaginación» las lleva a gozar de «una capacidad inusitada para el amor sacrificial». Hasta aquí, sintéticamente, los dichos de Thomas.

La respuesta de Diderot a instancias de Grimm no se hizo esperar. En principio, adoptó un punto de partida diverso que, en apariencias, responde a una posición de exclusión, tradicional, clara y rotunda (Diderot, 1978; citado en Badinter, 1991: 117-132). Tras ridiculizar al autor del *Essai* por su escasa experiencia con las mujeres, las describe como frívolas y llenas de lujuria; bellas pero con capacidad para la manipulación de los varones; perversas e indolentes, vulgares y depravadas, deshonestas e ignorantes. Coincide con Thomas en que carecen de método aunque su intuitividad «nata» las prepara para «leer el libro del mundo» mejor que a los varones, aún sin estudiarlo. Se confiesa su amante irrefrenable y, a pesar de todo, valora la convivencia con ellas: «he pasado muchos momentos en sus brazos» –sostiene– y precisamente por eso concluye que «no son las mujeres mejores que los varones /.../, ni más honestas, ni más

⁸ Quiero subrayar que en 1949 sólo existían las versiones de las obras publicadas por el autor: en 1675 de *L'Égalité des sexes*, que se encuentra en el Fondo Dubois de la Biblioteca Universitaire de la Sorbonne (Paris) y en 1674, *L'Éducation des Dames pour la conduite de l'Esprit dans les sciences et dans les moeurs*. La edición en francés contemporáneo de la segunda de estas obras se realiza recién en 1984 de la mano del proyecto del Bicentenario de la Revolución Francesa. Otro tanto sucede con el debate Diderot-Thomas. Beauvoir apela a textos históricos eruditos que a la sazón eran ignorados en general por la crítica y claramente dejados de lado en las interpretaciones habituales de la Revolución y de los debates «ilustrados» que la precedieron.

⁹ El *Examen de Ingenios* fue repetidamente censurado y/o prohibido. Se lo reedita en 1931 censurándose nuevamente a partir de 1937 y hasta 1977. Cf. Femenías, M.L., 1992 y 1994: 142-156.

¹⁰ Nótese la curiosa conclusión de Thomas quién sostiene que «su belleza» provoca en ellas «sensaciones»; no admite que en los varones «su belleza» provoque «sensaciones», ni que éstas sensaciones promuevan otras respuestas.

decentes /.../». Diderot hace girar su argumento que, en principio aparentaba de inferiorización, en un argumento de igualdad: la naturaleza humana no hace distinciones de sexo. Todos los seres humanos (tanto varones como mujeres) son portadores de vicios y virtudes. Se sigue de ello, que si unos merecen derechos, las otras también.

En el mismo sentido rige el argumento de Mme. de Epinay, por entonces amante de Diderot. En una carta dirigida a su amigo el abate Galiani comenta el «famoso» opúsculo de Thomas.¹¹ Si bien no pone en ridículo al autor del Ensayo, considera que su retórica es «pomposa y artificial aunque ingeniosa»: «Son frases para una tertulia» —escribió— de «un ingenio angelical y encantador» que, en definitiva, impide saber qué piensa en verdad. No obstante, Louise de Epinay concluye que, al margen de tanta frase fastuosa, sus opiniones ni son filosóficas ni se diferencian de las del común de las gentes que, como se sabe, suponen que las mujeres son inferiores. Según Epinay, Thomas ignora que «las cualidades y los defectos son comunes a *todos* los seres humanos». Por tanto, «es indudable que los hombres y las mujeres son de la misma naturaleza y constitución /.../ por lo que son susceptibles de las mismas virtudes y de los mismos defectos». Así, retomando argumentos originales de Poulain de la Barre, subraya que sólo la educación hace diferentes a varones y mujeres: sólo la educación y la sociedad generan «pequeños vicios y pequeñas virtudes» que —ingenuamente— Thomas cree «propias de cada sexo». Poco nuevo puede decirse sobre el tema, subraya la escritora: «sólo nos hacen falta cabezas nuevas para enfocar las cosas bajo puntos de vista diferentes» y ponerlas en práctica.

¿Creyó Beauvoir ser una de esas cabezas?

El método progresivo-regresivo

Beauvoir no sólo sistematizó los problemas vinculados a la condición de las mujeres. Menos conocida y celebrada es su contribución metodológica. Fiel heredera del cartesianismo, más que deudora de su dualismo metafísico —como quiere

Butler— es deudora de la idea de que «el método es necesario para la investigación de la verdad» porque «la curiosidad ciega» no garantiza descubrimiento alguno salvo por azar (Descartes, 1980). Un método, en cambio, le permite dar cuenta de la historia que lleva a las mujeres a su situación actual y, a la vez, desenmascarar filosóficamente zonas de la realidad encubiertas por los prejuicios y los falsos argumentos (López Pardina, 1998: 215ss).

Mucho se ha discutido sobre el método progresivo-regresivo, pues Sartre lo desarrolla, a la manera de una introducción, en su *Crítica de la razón dialéctica* (1960) bajo el título de «Cuestiones de método», habiéndolo publicado poco antes en forma de opúsculo independiente (Casale, 2008). Sin embargo, posteriormente, las exégesis de la obra de Beauvoir han mostrado sus orígenes precisamente en *El segundo sexo*. Esto le permite a López Pardina, por ejemplo, concluir que «El método es, pues, primero inventado y aplicado por Beauvoir en 1949, quien, fiel a su línea de filosofía no sistemática —afín a la de un Voltaire o un Montaigne— no se pone a la tarea de explicitarlo teóricamente» sino de aplicarlo (Casale, 2008). Sartre, en cambio, sí lo desarrolla bajo el nombre de «método progresivo-regresivo».

¿En qué consiste ese método? A grandes líneas, tal como Beauvoir lo emplea, constituye un modo de reconstruir y esclarecer la experiencia vivida desde la propia hermenéutica existencial, comenzando con un análisis regresivo de la situación o de los hechos. Es decir, de la «facticidad que las mujeres se ven obligadas a existir» o, en otras palabras, «de las condiciones que definen la inserción de las mujeres en lo real» (Casale, 2008: 218 citando a Amoros). La primera fase «regresiva» inicial implica un análisis (histórico-fenomenológico) de las condiciones que hacen posible la existencia de las mujeres tal como es dada en una cierta sociedad. El método supone, entonces, dos dimensiones: diacrónica y sincrónica. Se trata, pues, de un primer momento analítico en el que se establecen los puntos de referencia conceptuales que configuran una cierta

¹¹ F. Galiani (1728-1787) de origen italiano pero vinculado estrechamente a los enciclopedistas. La carta de Mme. de Epinay puede consultarse en Puleo, 1993, pp. 82-86.

forma de vida. La segunda fase es «progresiva», sintética y reconstructiva del modo actual en que viven las mujeres como miembros de una cierta sociedad histórica. En otras palabras, cómo desde aquellas condiciones, las mujeres devienen en esta vida presente (Casale, 2008).

A de Beauvoir le interesa explicitar y comprender las mediaciones que hegelianamente dan lugar a lo concreto y singular. Es decir, le importa dar cuenta de las *instancias mediadoras* que han hecho posible un cierto estado de cosas para las mujeres. Toma cómo base el comportamiento real y actual de las mujeres entendido como el «resultado» de una «experiencia vivida» (en despliegue histórico) bajo ciertas condiciones. En este sentido, el trabajo de Beauvoir pretende, con los datos de que dispone en su momento, reconstruir cómo las mujeres llegaron a este estado de cosas, desenmascarando los elementos ideológicos y los presupuestos sobre los que se funda su situación. Sólo iluminando los modos de la concretización, es posible comprender cómo han sido sistemáticamente excluidas de derechos y reconocimiento. Como Beauvoir no puede pensar a las mujeres como un sujeto meramente pasivo y dependiente, acuña la noción de «víctima cómplice» que tantas y airadas críticas mereció.

Conclusiones abiertas

A cien años del nacimiento de Simone de Beauvoir, y ya para cerrar estas páginas, insistimos en subrayar su coherencia entre acción, ensayo filosófico y literatura. Si bien su obra merece mucho más que estos breves apuntes, queremos al menos resaltar que Beauvoir teoriza sobre la acción y la existencia humanas desde su situación de mujer, intelectual francesa de postguerra, y tiene muy en claro las ventajas que esto tiene para ella: no es esclava, no es analfabeta, no está encerrada en un harem, no ha sido obligada a tener ni una profesión ni un compañero que no hubiera querido y elegido. Aún así, en vez de apoltronarse confortablemente ante su escritorio para meramente escribir eligió escribir describiendo —como deber moral y feno-

menológico— la situación de muchas otras mujeres que la rodeaban y no gozaban de sus beneficios. No es idealista y sabe que los espacios de la libertad se configuran históricamente; son móviles, se ganan y se pierden y obedecen a condiciones históricas mutables, por lo que nunca se consiguen de una vez y para siempre. Su propio método regresivo se lo enseñado.

De modo que se auto-instituyó en vocera o representante de otras mujeres, pero no ingenuamente: «¿Cómo plantearíamos la cuestión? ¿Quiénes somos nosotros para plantearla?», se pregunta. Y responde: «Creo que para dilucidar la situación de la mujer, hay ciertas mujeres que están mejor situadas...» Por eso, explicita claramente su punto de partida, su situación y la perspectiva que adoptará, «la de la moral existencialista». En síntesis, al irrationalizar los marcos de referencia y las diversas formas de legitimación de la condición de subordinación de las mujeres apuntó certeramente al nivel de la fundamentación ideológica de las prácticas discriminatorias y de la exclusión, contribuyendo a su desmontaje o, como diríamos ahora, a su deconstrucción.

Michèle Le Doeuff (1993: 91-92.) describe como «serpenteante» el camino seguido por Beauvoir en *El Segundo Sexo*. A su juicio, el núcleo de la obra es la problemática de la conciencia donde «el sujeto sólo se plantea como oposición. Pretende afirmarse como esencial y construir el otro en inesencial.» Históricamente, las mujeres han sido siempre consideradas o bien «inesenciales» ante las esencias o bien «esencia» ante la existencia (Le Doeuff, 1993 citando a de Beauvoir). Por mi parte, recupero otros méritos de la obra de Beauvoir. Uno es haber advertido que las relaciones de sexo se constituyeron históricamente como un mecanismo más de «opresión» al que se suma el de clase (De Beauvoir, 1949: 31). O, mejor dicho, que la contradicción primaria de la sociedad no está en la diferencia de clases sino —en la línea ya esbozada por Engels— en la diferencia de los sexos.¹² Otro mérito es que retoma los ideales ilustrados, dándole

¹² Cf. Engels, 1884, a quien remite.

actualidad al problema –nunca resuelto por la Ilustración– del lugar de las mujeres como «sujetos» y ciudadanas de pleno derecho.

Asimismo, Beauvoir debe haber tenido clara conciencia de que el tema que la (pre)ocupaba ya había sido problematizado, pero también que había sido dejado de lado e invisibilizado en sus debates y soluciones. Como una nueva Sísifo, su única posibilidad era comenzar otra vez, dando cuenta en su versión regresiva del método del camino recorrido y olvidado. De ahí que el problema le resulte «irritante». Le es irritante volver a plantear lo ya planteado pero es forzoso hacerlo porque ha caído en el vacío de la memoria histórica (De

Beauvoir, 1949). A la vez, no es nuevo porque no sólo se escuchan aún los ecos del sufragismo, sino porque «estamos» en la situación actual debido al olvido de los debates del siglo XVIII, con los resultados por todos y todas conocidos. Puesto en perspectiva, el debate Thomas-Diderot- Epinay le brinda todos los argumentos y contra-argumentos que necesita para recorrer el camino de ida y vuelta de la situación de las mujeres en 1949.

Al mismo tiempo, muy probablemente cifra su optimismo en la confianza que deposita en la moral existencialista, lo que le permite entrever algún intersticio para no repetir la historia de olvidos, complicidades y sujeciones.

Bibliografía

- AGACINSKI, S. (1998) «Libertad y Fecundidad». *Política de los sexos*. Madrid: Taurus.
- AMORÓS, C. (1999) «Simone de Beauvoir: un hito clave de una tradición». *Arenal*, (6)1. pp.113-134.
- AMORÓS, C. (s.f) «Ética sartreana de la ayuda y ética feminista del cuidado». *Investigaciones Fenomenológicas*, 4, pp. 57-85. Recuperado de www.uned.es/dpto_fim/invfen/invFen4/celia/pdf
- BADINTER, E. (1991) *O que é uma mulher?: un debate prefaciado; Um amor conquistado*, Botafogo: Nova Fronteira.
- BUTLER, J. (1990) «Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault». En: Benhabib, S. y Cornell, D, eds. *Teoría feminista y Teoría crítica*. Valencia: Alfons el Magnànim.
- CASTRO CARPIO, A. (s.f) «La filosofía en el ensayo moderno y contemporáneo: el ensayo filosófico». Recuperado de www.pucp.edu.pe/ira/filosofia/-peru/pdf/arti_filo_peru
- CASALE, R. (2008) «Algunas coincidencias entre Sartre y Beauvoir sobre el método progresivo-regresivo» *Jornada de Homenaje a Beauvoir*, CINIG, Universidad Nacional de La Plata, 12 de septiembre de 2008.
- COROMINAS, J. (1998) *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
- CHAPERON, S. (2000) «El Segundo Sexo 1949-1999: Cincuenta años de lecturas feministas» *Travesías*, 8. pp.55-64.
- DE BEAUVOIR, S. (1962) *Pour une morale de l'ambigüité - Phyrus et Cinéas*. Paris: Gallimard.
- DE BEAUVOIR, S. (1987) «Introducción». *El Segundo Sexo*. Palant P. (Trad.) Buenos Aires: Siglo XX.
- DE BEAUVOIR, S. (1997) *Le deuxième sexe, I-II*. Paris: Gallimard.
- DESCARTES, R. (1980) «Reglas para la dirección del espíritu. Regla § IV». *Obras escogidas*. Buenos Aires: Charcas.
- DIDEROT, Denis. (1978) *Oeuvres*, Paris.
- ENGELS, F. (1992) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Barcelona: Planeta.
- FEMENÍAS, M.L. (1992) «Juan de Huarte y la mujer sin 'ingenio' en el Examen de Ingenios» *Actas del Seminario de Feminismo e Ilustración* (1988-1992). Madrid: I.I.F. Universidad Complutense.
- FEMENÍAS, M.L. (1994) «La mujer sin ingenio: una lectura del Examen de ingenios de Juan de Huarte». En: Santa Cruz, M.I. et al. *Mujeres y Filosofía: Teoría Filosófica de Género*. Buenos Aires: CEAL. pp. 142-156.
- FEMENÍAS, M.L. (1998) «Butler lee a Beauvoir: fragmentos para una polémica en torno del 'sujeto'». *Mora*, 4. IIEGe, FFyL. (UBA) pp. 3-27.
- FEMENÍAS, M.L. (2000) *Sobre Sujeto y Género*. Buenos Aires: Catálogos.
- FEMENÍAS, M.L. (2003) «La crítica a Beauvoir» *Judith Butler: Una introducción a su lectura* Buenos Aires: Catálogos.
- FEMENÍAS, M.L. (2008a) «El ensayo feminista ilustrado en *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir» *Jornada de Homenaje a Beauvoir*, 12 de septiembre de 2008, CINIG, Universidad Nacional de La Plata.
- FEMENÍAS, M.L. (2008b) «Simone de Beauvoir: hacer triunfar el reino de la libertad». En: *Oficios Terrestres (XIV)* 23. Revista de la Facultad de Periodismo y Ciencias de la Comunicación (UNLP), pp. 32-45.
- FEMENÍAS, M.L. (2008c) «Simone de Beauvoir: hacer triunfar el reino de la libertad». *Oficios Terrestres (XIV)* 23, Revista de la Facultad de Periodismo y Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), pp. 32-45.
- GUYOT, Ch. (1953) *Diderot para lui-même*. Paris: Editions du Seuil.
- HEINÄMAA, S. (1998) «¿Qué es ser una mujer?: Butler y Beauvoir sobre los fundamentos de la diferencia sexual». *Mora*, 4. pp. 27-44.
- KRUKS, S. (1992) «Gender and Subjectivity: Simone de Beauvoir and Contemporary Feminism». *Signs*, (18) 1.
- LE DOEUFF, M. (1993) *El estudio y la rueda*. Barcelona: Altaya.
- LÓPEZ PARDINA, T. (1998) *Simone de Beauvoir, una filósofa del siglo XX*. Málaga: Universidad de Cádiz.
- LÓPEZ PARDINA, T. (1999) «Simone de Beauvoir y el feminismo posterior: Polémicas en torno a *El Segundo Sexo*» *Arenal*, (6) 1. pp. 135-163.
- LÓPEZ PARDINA, T. (2001) «La concepción del cuerpo en Simone de Beauvoir en relación con Sartre y Merleau-Ponty», *Mora*, 7, 2001, pp. 65-72.
- LÓPEZ PARDINA, T. (2002) «Significado de *El segundo Sexo* en la historia de la Teoría Feminista». En: *50 aniversario de El Segundo Sexo*. Gijón: Tertulia Feminista de Les Comadres. pp. 51-73.
- LÓPEZ PARDINA, T. (2005) «Sobre algunos conceptos de la filosofía existencial en Sartre y en Beauvoir» en *Vº Jornadas de investigación en Filosofía*, Departamento de Filosofía, FAHCE, UNLP, [CDRom](#), 2005.
- MILLET, Kate. (1969) *Sexual Politics*. London: Verso.
- POULAIN DE LA BARRE, P. (1993) *De la educación de las Damas*. Madrid: Cátedra.
- PULEO, A. (1993) *La Ilustración olvidada*. Barcelona: Anthropos.
- THOMAS, A.L. (1989) *Qu'est-ce qu'une femme*. Paris: P.O.I.
- VALVERDE, M.J. (1988) *Estudio Preliminar a la edición del Contrato Social*. Barcelona: Tecnos.